

## REVEL Y LA REVOLUCIÓN EN AMÉRICA

*«Revel nos ha demostrado en “El conocimiento inútil”, en “La gran mascarada” y en “La obsesión antiamericana” que los enemigos del liberalismo no están animados de las mismas buenas intenciones que nosotros (los liberales) compartimos. Que no utilizan su capacidad racional para acercarse a la verdad, sino más bien para diseñar estrategias que logren ocultar, dulcificar o tergiversar las duras verdades que revelan tanto la teoría como la práctica histórica del socialismo».*

Discurso de Esperanza Aguirre en homenaje a Jean-François Revel.  
Madrid, 26 de enero de 2004

Jean-François Revel tuvo ocasión de conocer Estados Unidos a fondo en 1969. El semanario *Time* le había propuesto una estancia en Nueva York para sacar una adaptación francesa de la revista. Se trataba de introducir en Francia el estilo sintético, analítico y sobrio del periodismo norteamericano. Pero en Francia ya existía un semanario como ése. Era *L'Express*, fundado por Jean Jacques Servan-Schreiber con la colaboración de Françoise Giroud. Según lo que cuenta el propio Revel, aceptó la propuesta de *Time* para pasar algunas semanas en la sede de la revista en Nueva York, luego se dio cuenta de que el proyecto iba en contra de su propia revista, informó del asunto a Servan-Schreiber, que obviamente estuvo de acuerdo con él, y el viaje quedó cancelado. A cambio de la cancelación, Revel consiguió que *L'Express* le pagara un viaje por Estados Unidos. Conocía el país desde 1952, cuando trabajó en México y tuvo ocasión de visitar Nueva York y el Sur del país. Pero en 1969 se trataba de una larga estancia de investigación. Revel recorrió el país de costa a costa y se entrevistó con

---

José María Marco es escritor y profesor de Literatura, Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

líderes políticos, intelectuales, profesores y periodistas. También habló mucho con la gente de la calle<sup>1</sup>. Comprobó, como cualquiera que pase allí un tiempo, que los norteamericanos suelen ser amables y curiosos.

De este viaje salió *Ni Marx ni Jesús*, uno de los muchos éxitos editoriales de Revel. Causó un impacto profundo en la opinión pública francesa y europea. También en la americana, la de todo el hemisferio. A Servan-Schreiber, fallecido ahora hace pocos meses, le habían llamado el Tocqueville del siglo XX por haber expresado su fascinación por Estados Unidos en otro libro aún más famoso que el de Revel, *El desafío americano* (1967). Revel no estaba lejos de merecerse la misma distinción. Aunque ninguno de los dos ha alcanzado la dimensión visionaria y canónica de Tocqueville, tanto Revel como Servan-Schreiber se sintieron fascinados por Estados Unidos, los dos escribieron obras influyentes acerca del Nuevo Mundo y ambos –en este caso a diferencia de Tocqueville– volvieron con frecuencia a Norteamérica. Servan-Schreiber, que a veces daba la sensación de ser un norteamericano extraviado en Europa, acabó viviendo allí, aunque volvió a Francia para escribir sus memorias.

No son los únicos, por cierto. Siguiendo la estela de Tocqueville, hay otros escritores y ensayistas franceses que han dedicado una parte importante de su trabajo a reflexionar sobre Estados Unidos. Destaca Guy Sorman, que recientemente, en 2004, ha publicado *Made in USA*, un libro entre el ensayo y el periodismo en el que describe con sensibilidad el cambiante panorama de la vida norteamericana. Sorman ya había dedicado un estudio al movimiento de derechas norteamericano, *La révolution conservatrice américaine* (1983), todavía vigente en muchos de sus aspectos. (No sólo él: en los años setenta un profesor italiano, Francesco Leoni, publicó un excelente estudio, auténticamente pionero, titulado *El movimiento conservador en Estados Unidos*, editado en España en 1973). Tal vez el lector haya intuido ya que los tres escritores y periodistas franceses pertenecen a la tradición, menguada en estos tiempos, pero antaño gloriosa, del liberalismo francés. Desde otra perspectiva, más confusa intelectualmente pero también interesante, Edgard Morin –que ade-

<sup>1</sup> **Jean-Francois Revel**, *L'obsession anti-américaine*, París, Plon, 2002, pp. 11-18. Hay traducción española, *La obsesión antiamericana. Dinámica, causas e incongruencias*, Barcelona, Urano, 2003. Pido disculpas al lector por citar por la edición francesa, que es la que he venido manejando estos años.

más conocía bien América Latina, como Revel— contó su experiencia en San Diego a finales de los sesenta. Fue en su *Journal de la Californie* (1970). Como los anteriores, Morin vio que allí, en el país del imperialismo se estaba fraguando algo completamente nuevo.

En España hemos tenido menos suerte. Hubo una curiosidad evidente durante algunos años. Se tradujeron textos importantes, como los del conservador Russel Kirk y algunas novelas de Ayn Rand, la libertaria radical. Los economistas estuvieron siempre al tanto de las novedades que surgían en Estados Unidos, tanto en Chicago como en la escuela del *public choice*. Hoy en día hay algunos excelentes especialistas universitarios que escriben en medios de comunicación, como Manuel Coma, excelente conocedor de Estados Unidos y Manuel Pastor, que vive entre Minnesota y Madrid y no puede por tanto servir, como sería de desear, de promotor del conocimiento de Estados Unidos en España. Pero no hay un solo departamento universitario de historia de Estados Unidos y, a pesar del interés creciente, faltan personas capaces de explicar a sus compatriotas, sin anteojeras ni prejuicios ideológicos, el *desafío* que plantea a los europeos la cultura norteamericana.

## LA REVOLUCIÓN EN EL NUEVO MUNDO

Servan-Schreiber, en aquel “best seller” monumental que fue *El desafío americano*, se centró en lo que le fascinaba del Nuevo Mundo: el dinamismo, la capacidad de innovación, la velocidad de adaptación y de cambio, la flexibilidad... consecuencias todas de una cultura que hace de la libertad el eje de su identidad. Sorman estudió un movimiento ideológico y político consolidado, más hondo y duradero que una simple reacción en contra de la ruptura de los años sesenta y setenta. Empezó a dar frutos importantes con la llegada de Reagan al poder, tres años antes de la publicación del trabajo de Sorman.

Revel, por su parte, escogió una vía todavía más provocadora. El título del libro que escribió tras su estancia en Estados Unidos fue *Ni Marx ni Jesús*<sup>2</sup>. Parecía insinuar una posible tercera vía, de las que siempre presumen

<sup>2</sup> J.-F. Revel, *Ni Marx ni Jesús*, París, Robert Laffont, 1970.

de haber descubierto una forma templada y aceptable de cambio. Para quien conociera al Revel polémico y planfletario, el mismo que había hecho una crítica feroz de los intelectuales franceses en *Pourquoi des philosophes?* (1957) y en la contrarréplica *La Cabale des dévots* (1962), así como un análisis demoledor del bonapartismo de la Quinta República en *Le Style du Général* (1959), la hipótesis resultaba poco plausible. Y así era, como demuestra el epígrafe de *Ni Marx ni Jésus*: “De la segunda revolución americana a la segunda revolución mundial”, sin contar con el eslogan que amenizaba la portada: “la nueva revolución mundial ha empezado en Estados Unidos”.

Hay que situarse en el momento en que apareció el libro para darse cuenta cabal del significado de aquellas frases. Los franceses acababan de asistir asombrados a las revueltas estudiantiles del célebre Mayo del 68. El movimiento, juvenil y espontáneo, tuvo un efecto inesperado, como fue provocar el fin de la carrera política de De Gaulle. No era poco, pero tampoco bastante como para provocar un cambio profundo, mucho menos revolucionario, del sistema político. Más bien al revés. En realidad, consolidó la Quinta República, en torno a la cual se reunieron todos los grandes partidos políticos, incluido el comunista. No se sentían de verdad amenazados, pero desconfiaban de aquella ola de izquierdismo.

En lo intelectual y en lo sentimental, el movimiento tuvo otras repercusiones. Mayo del 68 dio el impulso definitivo a una corriente que venía de tiempo atrás. Era un movimiento de elite, casi puramente universitario o reducido a minúsculos círculos intelectuales, que se habían propuesto renovar o volver al marxismo más prístino, y aplicarlo a todas las ramas del saber e incluso de la actividad artística. En la franja lunática de los adictos a la política, la “revolución” de Mayo del 68 naufragó en el pantanoso territorio de los grupúsculos radicales de extrema izquierda, con sus diversas variantes trotskistas y maoístas. En la cultura, dio pie a toda una floración de especulaciones, casi todas del género delirante o directamente charlista, y sablista, como la práctica y la “teorización” psicoanalítica de Jacques Lacan, la “deconstrucción” de Derrida o la aplicación del maoísmo a la estética literaria protagonizada por Philippe Sollers, el tiranuelo –al modo en que Breton lo fue en el surrealismo– del grupo de la revista *Tel Quel*. Si a alguien le sobra

tiempo, comprobará a qué abismos de subdesarrollo y molicie intelectual habían llegado las elites izquierdistas europeas de aquellos años con sólo echar una ojeada a algunas de las sandeces que escribieron por entonces personajes como Roland Barthes, María Antonieta Macciochi o Pierre Guyotat. Revel se rió de ellos a gusto.

En ese ambiente de dogmatismo “ultrachic” o ultraizquierdista –muchas veces era lo mismo– se percibía aún peor que en los centros de poder oficial que en torno a “Mayo del 68” había fraguado algo de mayor calado. Mucho más que un cambio ideológico o estético, lo que estaba en marcha era un cambio en profundidad en las costumbres, en la vida, en la moral. Aquella ruptura iba a afectar muy pronto a toda la sociedad que al principio pudo tener. Lo que se había puesto en marcha era una puesta en cuestión de los grandes consensos que hasta ahí habían fundado las sociedades occidentales. Y de esa puesta en cuestión iba a participar el conjunto de la sociedad. El cambio se inició con las mujeres, que rechazaron el papel que la tradición les asignaba, y a partir de ahí prendió en todas partes. La familia tradicional se empezó a venir abajo, cambiaron las prioridades vitales, variaron las formas de comunicación y sobre todo se amplió el campo de expresión de los individuos, no sujetos ya a parámetros predeterminados.

Aquella “revolución”, o ruptura, si se prefiere, casaba mal con los dogmas marxistas y neomarxistas que reivindicaban los protagonistas de las revueltas estudiantiles de Mayo del 68. A Revel le atrajo esa renovación de tono individualista y libertario. Encajaba bien con su propia evolución. De muy joven participó en la Resistencia contra los ocupantes nazis. Luego se mantuvo en las filas de la izquierda socialista, más que nada por recelo ante una derecha tan conservadora como la francesa y como demostración de rebeldía ante las instituciones caudillistas de la Quinta República. Aunque se burló luego de la “revolución sexual” alegando que en su vida había conocido por lo menos “cinco revoluciones” de esa índole, el cambio en las costumbres que despuntaba a finales de los años sesenta no podía dejarle indiferente<sup>3</sup>. *Ni Marx ni*

<sup>3</sup> Sobre las “cinco revoluciones sexuales”, que parece la parodia de un eslogan maoísta, ver **J.-F. Revel**, *Mémoires. Le voleur dans la maison vide*, París, Plon, 1997, 203. (La editorial Gota a Gota tiene previsto publicarla en España en 2007 bajo el título *Memorias. El ladrón en la casa vacía*)

*Jésus* –escrito así, en francés– podría haber sido un eslogan escrito por una mano anónima en las calles de París de aquella primavera.

Resultó ser el título de un libro inspirado en Estados Unidos. Revel, ya por entonces provocador profesional, lo fue aquí en grado superlativo. Cogía la “revolución” de los años sesenta por donde menos lo esperaban tanto los revolucionarios profesionales de la ultraizquierda como todos los conservadores –de la derecha a los comunistas– que se agruparon en defensa de un sistema político supuestamente amenazado. Revel atacaba a los dos por el flanco de la emancipación libertaria de la moral pública y sostenía, por si eso fuera poco, que el origen auténtico de aquel movimiento era Estados Unidos.

El antiamericanismo no era, a finales de los años sesenta, menos virulento que ahora. Pero hasta ahí había estado limitado a dos sectores, muy influyentes, eso sí. Primero los conservadores, antiamericanos por despecho y resentimiento, conscientes como eran de haber perdido hace muchos años la batalla por la hegemonía mundial a favor de la nueva superpotencia. (En España y Latinoamérica fuimos pioneros en este registro, ya desde 1898.) En segundo lugar, los comunistas y la opinión de izquierdas, que logró imponer mitos como el del *mccarthyismo*, la “caza de brujas”, la Norteamérica provinciana, ignorante, volcada al consumo y al culto al dinero. En cualquiera de los dos casos, eran formas explicables de antiamericanismo. Los conservadores rechazaban a quienes los habían derrotado; los comunistas y la izquierda, a sus enemigos ideológicos. El conjunto de la opinión pública, en cambio, miraba con admiración la prosperidad de la gran potencia norteamericana. Estados Unidos se le aparecía como un modelo a imitar de prosperidad y de progreso. A su modo, la sociedad europea se iba americanizando, como había previsto Tocqueville, al revés de lo predicho por Max Weber. Con la Guerra de Vietnam, una guerra hecha en defensa de la libertad, y las reacciones que suscitó a partir de la movilización de la izquierda, el antiamericanismo empezó a adquirir una dimensión y una forma nuevas.

En *Ni Marx ni Jesús*, Revel subrayó precisamente la paradoja de que buena parte del repertorio ideológico antiamericano, como el imperialismo, la CIA, el apoyo a las dictaduras anticomunistas, la Guerra de Vietnam, los

políticos zafios e ignorantes (hoy hay más: se podría incluso hacer un parque de atracciones, de los que llaman temáticos, con un ramillete de tópicos selectos para que la izquierda neomarxista y antiglobalizadora se explayase a sus anchas) surgieron primero en Estados Unidos, para luego difundirse por Europa.

De hecho, ésa es una parte de la tesis central del libro. Revel sostenía que todos los modelos hasta entonces vigentes de revolución habían fracasado. Revel estaba por entonces dejando atrás su apego por el socialismo –socialismo democrático, en cualquier caso–, no había abandonado todavía la retórica del cambio revolucionario y consideraba que los regímenes comunistas no habían instaurado la auténtica revolución socialista. Al contrario: la habían hecho imposible. No había, por tanto, expectativa revolucionaria alguna en las dictaduras comunistas como la Unión Soviética o la China maoísta. Tampoco se iba a producir en los países entonces subdesarrollados. Mucho menos en Europa. Y es que aunque en Europa Occidental la resistencia al cambio era, según Revel, menor que en los regímenes comunistas, también había disminuido “la confianza de los europeos en su capacidad para inventar prototipos de cultura y de sociedades políticas” que es lo propio de los procesos revolucionarios<sup>4</sup>. Una Europa obsesionada con el pasado y profundamente conservadora –y más aún Francia<sup>5</sup>–, hacían imposible cualquier novedad radical, cualquier innovación que instaurara algo de verdad nuevo, inédito, algo nunca visto, que es lo propio de las revoluciones. Está claro que la “revolución” según Revel tenía ya poco que ver con el socialismo.

Tras su estancia en Estados Unidos, Revel concluyó que ese fenómeno revolucionario que entonces parecía ser inminente ya estaba ocurriendo allí, del otro lado del Atlántico. Más aún, la única revolución posible podía tener lugar en los Estados Unidos porque era el único país en el que reinaba la libertad que hace posible la novedad radical. “Quien dice revolución dice por definición acontecimiento nuevo que no ha tenido lugar nunca y que ocurre según

<sup>4</sup> J.-F. Revel, *Ni Marx ni Jesús*, París, Robert Laffont, p. 35.

<sup>5</sup> Revel llega a hablar del “triunfo del conservadurismo en la política francesa”, tanto en la derecha como en la izquierda, *Ibid.*, pp. 58-59.

vías distintas a los canales históricos conocidos. Quien dice revolución habla de lo que no se puede pensar, ni siquiera ver, cuando se recurre a conceptos antiguos. La materia prima y el primer éxito de la revolución es la capacidad de innovar, es la palabra dada a la imaginación colectiva contra las sentencias autoritarias, es la movilidad con respecto al pasado y la velocidad de crear. En este sentido, hay más espíritu revolucionario hoy en Estados Unidos, incluso en la derecha, que en cualquier otro lugar, incluso en la izquierda”<sup>6</sup>.

No hay que descartar la influencia de Servan-Schreiber y su reformismo liberal, que habían abierto el pensamiento de Revel a horizontes muy distintos del ideario imprecisamente socialdemócrata, pero intervencionista al fin y al cabo, con el que había comulgado hasta ahí. Revel, efectivamente, también había participado del antiamericanismo reinante en la izquierda. Pero en las páginas de *Ni Marx ni Jesús* cuenta una anécdota significativa. Cuando volvió de su viaje por Estados Unidos a principios de 1970, se notaba relajado, descansado. ¿Por qué? se pregunta. Y la respuesta es bien sencilla. Durante algunas semanas había vivido lejos de los tópicos y los estereotipos sobre los que gira incansablemente, de forma asfixiante, la vida intelectual y política europea<sup>7</sup>.

Acostumbrado a un país que presumía de libertad de expresión pero donde no había más televisión que la estatal y en las ruedas de prensa y en las entrevistas se trataba servilmente a los políticos y a los que mandan, se quedó asombrado ante la diversidad, la independencia y la agresividad de los medios, sin respeto alguno por el poder político. A la acusación de imperialismo, opuso argumentos tradicionales, y no menos verídicos por eso, como que Estados Unidos no ha buscado nunca un imperio territorial. También recordó que en Estados Unidos no nació ninguno de los totalitarismos a los que tan aficionados han sido los europeos, que los imaginaron, los crearon y los pusieron en práctica. Y sobre todo subraya que el primer país de la historia en el que ha habido un movimiento generalizado en contra de una guerra supuestamente imperialista como la de Vietnam ha sido

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 137.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 141.



Estados Unidos. En ningún país europeo de los de larga tradición colonialista hubo nunca nada semejante.

Es en Estados Unidos donde surge el movimiento de derechos civiles contra la segregación racial, y es allí donde los movimientos de emancipación del individuo empiezan a conformar su nuevo ideal: una sociedad en la que el individuo se define por sí mismo, no por su pertenencia al grupo. La “contracultura” que parecían andar buscando los “revolucionarios” europeos ya estaba en marcha en Estados Unidos, pero era una “contra-sociedad que no tenía nada de marginal, una galaxia revolucionaria caracterizada por la exigencia de la igualdad entre los sexos, las edades y las razas; el rechazo de la relación autoritaria en la que se basa toda sociedad jerarquizada por la fuerza y la arbitrariedad; la transformación de una cultura directiva en cultura productiva; el rechazo del criterio nacionalista en política extranjera (...); la igualdad económica y la igualdad de la educación; la revisión radical de las modalidades de expansión de la tecnocrática<sup>8</sup> y sus consecuencias; la reivindicación de una libertad individual y cultural absoluta sin ninguna censura moral, lo que no es más que una variante del rechazo de la relación autoritaria”<sup>9</sup>. Revel afirmaba incluso que en Estados Unidos podía estar haciéndose realidad el anhelo de cualquier revolución de verdad: un *homo novus* radicalmente diferente de cualquier otro conocido hasta ahí.

Revel, como se sabe de sobra, fue siempre un provocador. Eran célebres sus expresiones –“formules” en francés– en las que resumía la inconsistencia de un carácter o de una ideología. Dejó un incontable reguero de víctimas, desde De Gaulle y Mitterrand a Malraux –al que comparó, como buen conocedor y amigo de España que era, con El Cordobés–, Sartre o Foucault. De su ingenio ácido no se libraba nadie, ni siquiera sus amigos. Quería y respetaba a Louis Althusser, pero le dedicó un artículo de título sangriento, pa-

<sup>8</sup> Sic. El término revela hasta qué punto Revel se dio cuenta ya por entonces de la importancia de los cambios en las tecnologías de la información. Otra vez, Serban-Schreiber no debía de andar lejos.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 234-235.

<sup>10</sup> El título de la obra de **Duchamp** en francés es *La mariée mise à nu par ses célibataires mêmes*. La de **Revel**, *Marx mis à nu par ses célibataires mêmes*.

rodia del de una obra célebre de Marcel Duchamp: *El marxismo desnudado por sus propios solteros*<sup>10</sup>. Propugnar, como hizo entonces, que la revolución estaba naciendo no en la ultraizquierda europea, sino entre los imperialistas yanquis, era llevar la provocación a sus últimas consecuencias.

Pero había algo más que pura y simple provocación. Hoy contemplamos los años sesenta y lo que vino después como un período de explosión vital. Lo fueron, en cierto sentido, aunque la famosa “revolución de costumbres”, abriendo como abrió horizontes perdurables, también provocó una serie incontable de desarreglos emocionales, individuales y sociales de los que fue víctima en primer lugar, la generación que la puso en marcha, aquella “generación destructiva” de la que han hablado Peter Collier y David Horowitz en un libro autocrítico<sup>11</sup>. En otra perspectiva, cuando Revel escribe, justo a principios de los setenta, todo Occidente estaba a punto de entrar en un período de depresión que llevará a la crisis al modelo de crecimiento intervencionista, o keynesiano, con el gasto estatal disparado por las políticas aplicadas en los sesenta y en los primeros setenta. Aquella crisis pudo significar, de no haber habido una reacción como la que Revel empieza a intuir en las páginas de *Ni Marx ni Jesús*, el final de la democracia y del capitalismo.

Revel, que a pesar de su lucidez siempre fue un hombre vitalista e incluso hedonista, amante de la vida y de la belleza del mundo, también intuyó la inmediata degeneración del movimiento subversivo de los años sesenta, a punto de encerrarse en el sectarismo de los grupúsculos izquierdistas o, peor aún, al borde mismo de la violencia terrorista, en Alemania, en Italia y en España, entre otros muchos países. Revel se anticipa y descarta toda esa retórica depresiva que en nombre de la revolución destruiría buena parte de la juventud occidental poco después... hasta que las revoluciones liberal-conservadoras de las que Reagan y Thatcher son el símbolo político abrieran nuevos horizontes. Lo que Revel percibe en la “revolución” norteamericana es la emancipación del individuo, la ampliación de la libertad, un nuevo horizonte de autonomía y de creatividad. Lo contrario del abismo en que se iban a precipitar muchos de los creadores y seguidores de esa misma “revolución”.

<sup>11</sup> Peter Collier y David Horowitz, *Destructive Generation (second thoughts about the sixties)*, San Francisco, Encounter Books, 1989.

## LA IDEOLOGÍA

Lo ve, justamente, allí donde los intelectuales europeos, cegados por el izquierdismo y el socialismo, no veían más que conservadurismo, reacción e imperialismo. Es ésta otra característica de Revel, deudora en parte de su profesión de periodista (y no de profesor de filosofía, como parecía destinado a ser), pero también de su propio carácter y su honradez intelectual. La realidad norteamericana y la voluntad de no cerrar los ojos ante ella le llevaron a comprender que allí se estaba fraguando algo nuevo. Lo que estaba viendo no se atenía a los estereotipos que él mismo había suscrito hasta aquellos momentos. Ya para entonces había puesto en solfa a la clase intelectual francesa, perdida en sus esquemas fantasmagóricos o de puro poder. Ahora rompe definitivamente, ¡y de qué manera!, con *la ideología*, es decir con una forma de pensamiento que impide ver los hechos tal y como son, y no tal como uno quiere verlos según un juicio previo.

La realidad norteamericana ha hecho trizas todas las anteojeras ideológicas que el propio Revel llevaba puestas, aunque a medias. A partir de ahí ésa sería una de sus obsesiones. En *La tentación totalitaria* (1976) Revel se esforzó por desmontar los prejuicios que impiden enfrentarse a la comprensión honrada de la realidad, y en *El conocimiento inútil* (1988) se pregunta por qué, a pesar de todas las evidencias acumuladas, tantos hombres siguen apegados a la falsificación de la realidad, una de cuyas más egregias fórmulas es el socialismo. Se conoce bien el principio de esta última obra, una frase que por sí sola coloca a Revel en el linaje de los grandes moralistas franceses: “La primera de las fuerzas que mueven el mundo es la mentira”. El análisis del antiamericanismo realizado más tarde en *La obsesión antiamericana* (2002) responde a la misma preocupación.

De ahí, de ese empeño en ver las cosas como son y no como nos las pintamos nosotros mismos o como nos las pinta la tradición, aunque sea disfrazada de sonrisas y *buenismo*, viene el liberalismo de Revel. El suyo fue siempre un gesto de rebeldía. Se negaba a dejarse mecer por el tópico o por el recurso a la autoridad. Estaba siempre alerta a cualquier signo, a cualquier detalle que pudiera venir a perturbar la comodidad de lo que se da por conocido. La exigencia intelectual y la decencia moral se combinaron en Revel con el

gusto y el apetito por el saber. La desconfianza ante la mentira le podía haber conducido a una actitud desengañada, e incluso amarga, desencantada. Fue al revés. Disfrutaba con los desmentidos que la realidad –la eterna e imparabla invención– propina siempre a quien quiere embridarla. Y solía disfrutar también, con su extraordinario talento de polemista, destrozando las ilusiones y los sentimentalismos en los que se suelen amparar los que niegan la realidad. A veces asoma cierta amargura, pero al fin suele predominar la energía que proporciona la práctica de la libertad.

## CRÍTICA DE LA REVOLUCIÓN

Esta honradez condujo a Revel, ya en *Ni Marx ni Jesús*, a una posición original. Obviamente, le entusiasmó la atmósfera de libertad que vivió en Estados Unidos, aquella “revolución en las costumbres, revolución cultural y revolución política”, de la que fue testigo. Pero el anarco-liberalismo entusiasta y juvenil tan propio de muchas de las páginas de esta obra no le impide comprender la dimensión propiamente norteamericana de esa “revolución”. Y esto introduce otra dimensión en el análisis, que se revelará muy fecunda más adelante. La “revolución” que Revel diagnostica y empieza a describir no supone, en realidad, una ruptura con la tradición nacional norteamericana. Los “revolucionarios” norteamericanos lo son más que los europeos, y al mismo tiempo son “más civilizados y más democráticos”<sup>12</sup>. En contra de lo que ha ocurrido en casi todos los países europeos, en Estados Unidos no se ha roto nunca la tradición de la libertad democrática. Tampoco ha habido totalitarismo ni Estados policíacos. Revel se inclina a pensar que los “revolucionarios” norteamericanos continúan algo que viene de antes, de muy lejos. En el fondo, son como la producción espontánea de un terreno previo, fertilizado por la tradición liberal. Si bien se mira, no hay ruptura entre la Declaración de Independencia y las leyes de derechos civiles o la emancipación de las mujeres: hay continuidad y desarrollo lógico.

Mario Vargas Llosa fue el primero en comparar a Revel con George Orwell, con quien tiene, sin duda alguna, muchos puntos en común. El estu-

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 206.

dioso Henri Astier profundizó el paralelo en un interesante estudio<sup>13</sup>. Pero en cuanto a su relación con Estados Unidos, Revel recuerda sobre todo al ensayista, crítico y editor neoyorquino Norman Podhoretz, a quien cita en *La obsesión antiamericana*<sup>14</sup>. Podhoretz también venía de la izquierda, pero a diferencia de otros miembros del grupo que acabaría llamándose “neoconservador”, también le habían atraído, como a Revel, las innovaciones vitales de los años sesenta. En las páginas de su revista *Commentary*, preconizó por entonces una exploración sin restricciones del nuevo campo que el radicalismo abrió a la libertad de usos y costumbres.

La evolución posterior de Podhoretz hacia la derecha no le impidió –al contrario– seguir siendo un defensor firme y consistente de la libertad. Sí que le llevó a revisar críticamente sus posiciones de aquellos años, en particular en su (segunda) autobiografía titulada, bien explícitamente, *My Love Affair With America* (2001). Revel no siguió la misma línea. Por desgracia, no escribió nunca ese elogio de la Francia libre y abierta que habría podido escribir, como hizo Podhoretz. Pero es que en Francia no triunfó la “revolución” que Revel había intuido en las páginas de *Ni Marx ni Jesús*. Una vez que se zafó de las garras de la ideología, en buena medida gracias al trabajo que le llevó a escribir *Ni Marx ni Jesús*, se decantó para siempre por el liberalismo. No hay nada de conservador en él. Podría haber suscrito el famoso *Por qué no soy conservador* de Hayek. La derecha francesa, en cambio, siguió evolucionando aceleradamente hacia el intervencionismo. Hoy en Francia el liberalismo suele ser considerado una ideología de derechas o incluso de ultraderecha. Ante el consenso conservador, Revel y los pocos liberales habían quedado fuera de la arena política, como se demostró pronto.

Ahora bien, la senda liberal emprendida por Revel a partir de la impresión que le causa la “revolución” de los años sesenta en Estados Unidos adopta muy pronto una forma sumamente característica. En 1973, tres años después de la publicación de *Ni Marx ni Jesús*, Pinochet dio su golpe de Estado en Chile. Revel, como es lógico, denunció la dictadura y la represión, pero tam-

<sup>13</sup> Henri Astier, *Orwell and Revel*, en <http://chezrevel.net/orwell-and-revel/>, consultado 11 noviembre 2006.

<sup>14</sup> J.-F. Revel, *L'obsession anti-américaine*, ed. cit., pp. 169-170.

bién procedió a animar a su amigo y también liberal, el venezolano Carlos Rangel, a que escribiera un ensayo que acabaría siendo el clásico titulado *Del buen salvaje al buen revolucionario*. Rangel se negaba a dejarse encerrar en la ideología y en algunas páginas de su ensayo recordó, hablando del caso chileno, que el socialista Salvador Allende fue un presidente con escaso respaldo popular, que había buscado los apoyos de los que carecía en el Parlamento entre los movimientos de extrema izquierda y que había promovido una política de ruptura con la tradición reformista y democrática chilena. Pinochet era condenable. No lo era menos Allende<sup>15</sup>.

Así que el rechazo de la ideología conducía a Revel, muy poco tiempo después del gran elogio de la “revolución” norteamericana de los años sesenta, al elogio de la continuidad como base de la libertad, algo que en términos políticos o de civilización, se traduce obligadamente en la defensa de las instituciones que hacen posible las sociedades abiertas. Revel no se hizo “de derechas” en un sentido clásico. Mucho menos lo podía ser en Francia, donde la derecha ha sido siempre tan fuertemente estatalista como la izquierda, y ésta tan autoritaria como la primera. Pero si Revel dejó de ser “de izquierdas”, según los parámetros al uso en el lenguaje político, fue porque la izquierda había traicionado la libertad y casi todo aquello que la hace posible. Norman Podhoretz y sus amigos norteamericanos dijeron siempre lo mismo.

## EL ANTIAMERICANISMO COMO IDEOLOGÍA

Revel volvió a trabajar sobre Estados Unidos en 2002, treinta años después de *Ni Marx ni Jesús*. A pesar de la variedad de asuntos y de intereses –entre ellos la reflexión sobre el arte, su vocación primera, la historia de la filosofía y también la gastronomía–, Revel siguió fiel a su voluntad de desmontar los mecanismos de la ideología. Ahora ya no se trata del descubrimiento de una sociedad más avanzada, más liberal y progresista, en cierto sentido, que la europea. Ahora Revel trata por lo fundamental del antiamericanismo europeo.

<sup>15</sup> Para esta anécdota, ver **Pierre Boncenne**, *Pour Jean-François Revel*, París, Plon, 2006, pp. 99-101. El libro de Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario*, apareció en versión francesa antes que en español, en la editorial de la que el propio Revel era director de publicaciones, Robert Laffont.

La obra fruto de esta tarea se publicó en 2002, y es bien conocida. Se titula *La obsesión antiamericana. Su funcionamiento, sus causas, sus inconsecuencias*.

Ya había dedicado un capítulo al antiamericanismo en el libro de 1970, centrado en desmontar el prejuicio –típico de la época, por cierto– de que en Estados Unidos no había izquierda. Ya por entonces Revel empezó a ver en el antiamericanismo una ideología propia. *La obsesión antiamericana* amplía aquella intuición. Esta ideología tiene dos funciones muy precisas. La primera consiste en corroborar el sentimiento de superioridad moral e intelectual (y eso tanto para la derecha, cuyo antiamericanismo data de cuando Europa perdió la hegemonía mundial, como para la izquierda, que ve en Estados Unidos el símbolo de la frustración sistemática de todas sus predicciones y sus expectativas de revolución socialista). La segunda se fundamenta en el rechazo a aceptar cualquier hecho o indicio que pueda cambiar la visión previa, es decir, los prejuicios. En esta labor los antiamericanos son incansables. Despliegan un esfuerzo y una sutileza prodigiosos. En *Ni Marx ni Jesús* Revel citaba, por ejemplo, el sistemático rechazo del mercado por un interlocutor empeñado en el argumento antiliberal, que le llevó a criticar el esfuerzo por ofrecer a los consumidores productos cada vez mejores a precios cada vez más bajos... en nombre de una supuesta ética del anticonsumo, ni más ni menos<sup>16</sup>. El antiamericanismo, como la antiglobalización, son por lo esencial ideologías antiliberales.

*La obsesión antiamericana* continuará esta línea, pero desde una perspectiva distinta. Y es que los verdaderos revolucionarios norteamericanos no han sido los herederos de los protagonistas de los movimientos radicales de los años sesenta. Los auténticos revolucionarios fueron, como explica en sus *Mémoires*, quienes promocionaron la “revolución conservadora” estudiada por Guy Sorman en su libro de 1983<sup>17</sup>. El movimiento de rebelión de los sesenta en Estados Unidos fue en sus inicios, según Revel, mucho más amable, menos siniestro y antipático que el que protagonizaron los europeos. Pero también había terminado en la instauración de la inquisición de los “merce-

<sup>16</sup> J.-F. Revel, *Ni Marx ni Jesús*, ed. cit., p. 152.

<sup>17</sup> Las *Memorias*, publicadas en 1997, son anteriores a *La obsesión antiamericana* y permiten comprender cómo Revel establece la continuidad entre una “revolución” y otra.

narios de la ignorancia”, como dice Revel citando a William Blake. En nombre de la tolerancia se impuso una forma implacable de censura, la de lo “políticamente correcto”. Las universidades, las editoriales, las revistas, los grandes centros de producción y transmisión del saber se convirtieron en bastiones de la reacción y el conformismo.

Y lo hicieron justamente cuando desde la Casa Blanca de Reagan y luego desde el Congreso republicano de Gingrich, en 1994, se abrió un nuevo horizonte de libertad. El movimiento se contagió a Gran Bretaña, cuando Tony Blair hizo suyo el tronco del legado emancipador y liberal de Margaret Thatcher<sup>18</sup>. Ahí estaban los herederos auténticos de la “revolución” mundial –ahora literalmente, tras el colapso del comunismo en 1989 y 1991– iniciada según Revel en los años sesenta.

La tesis es discutible, y el propio Revel plantea el problema, citando el estudio de Gertrude Himmelfarb, otro eminente miembro del grupo “neoon”, *One Nation, Two Cultures*. La “revolución norteamericana” de la que ahora habla Revel surgió sobre todo como una reacción contra las consecuencias del radicalismo de los años sesenta y setenta. Su aportación fue sobre todo política y económica: liberal en el sentido europeo, clásico de la palabra. Aun así, Revel sostiene que al ampliar el horizonte de libertad, al devolver la autonomía a los individuos en sus decisiones económicas, Reagan no contradecía el impulso de rebeldía de los años sesenta<sup>19</sup>. Las dos corrientes compartían además la rebeldía, el inconformismo, la voluntad de enfrentarse a los tópicos intervencionistas fosilizados tras más de cincuenta años de socialdemocracia, keynesianismo y voluntad de convivir con el totalitarismo comunista como si éste fuera irremediable e invencible. El gigantesco soplo de aire fresco que propiciaron Reagan y Thatcher se compadecía bien con la voluntad de emancipación individual de los jóvenes de los sesenta.

Además, para un polemista nato como él, el argumento constituía un arma de primera categoría para denunciar el conformismo ideológico del antiamericanismo europeo, en particular el francés, que hacía suyas las famo-

<sup>18</sup> J.-F. Revel, *Mémoires. Le voleur dans la maison vide*, París, Plon, 1997, pp. 474-475,

<sup>19</sup> J.-F. Revel, *L'obsession antiaméricaine*, ed. cit., pp. 30-31.



sas tres exenciones que permite la ideología: la exención intelectual, la exención práctica y la exención moral. La ideología es un instrumento extremadamente poderoso para transformar la realidad. Pero como se basa en la mentira siempre acaba produciendo males peores que los que pretendía reparar: y no sólo porque se equivoque, sino sobre todo porque se empeña –toda ella depende de eso– en persistir en el error. La realidad no le sirve de contraste ni de lección. El socialismo se hundió, los macro-Estados de bienestar están en crisis permanente, en particular en la educación y en la sanidad. Pero eso no importa. Todos estos fracasos se subliman ahora en el antiamericanismo que permite recomponer, en contra de un enemigo esquematizado y parodiado, las frustraciones del socialismo. Si el izquierdismo era la enfermedad infantil del socialismo, el antiamericanismo es su degeneración senil.

En por lo menos dos ocasiones Revel habla, en *La obsesión antiamericana*, del subdesarrollo intelectual europeo. Desarrolla así la anécdota ya citada del desánimo que le causó volver tras su estancia en Estados Unidos a la atmósfera de tópicos e ideas trilladas en que se desenvolvían los círculos intelectuales franceses. En el fondo, se advierte una constatación: en Estados Unidos triunfó, en cierto sentido, la “revolución” descrita en su libro de 1970, mientras que en la mayor parte de Europa, el cambio fracasó en todos los frentes: en el de la inteligencia, en el de la política y en el de la sociedad, que sigue complacientemente instalada en la servidumbre voluntaria, disfrazada de libertad sin responsabilidad: “*l'avachissement*”, como escribió Étienne de La Boétie, el amigo de uno de los escritores predilectos de Revel, Michel de Montaigne.

Al mismo tiempo que una nueva formulación de su análisis de la ideología y una nueva crítica liberal de la sociedad y la política francesa, *La obsesión antiamericana* destaca también por otra línea argumental: el elogio, a veces por contraste y otras explícito, que Revel hace de Estados Unidos. En muchos casos, recuerda inevitablemente a Tocqueville. Lo cita cuando hace expresa su admiración por el funcionamiento de la justicia en Estados Unidos y la primacía de la ley sobre el Estado<sup>20</sup>. En otros utiliza argumentos nuevos o propios, en particular cuando habla de la pobreza, la desigualdad, la libertad de

<sup>20</sup> J.-F. Revel, *Ibid.*, ed. cit., p. 49.

mercado y la globalización –de la que hace una gran defensa–, la diversidad de la cultura norteamericana y su capacidad de integración. Revel, ya lo hemos dicho, no se ha vuelto conservador, pero cuando habla, y con qué apasionamiento, de todo aquello que de verdad le gusta de Estados Unidos, no puede por menos que dejar traslucir su adhesión a los principios constitucionales en los que se funda la nación norteamericana. Principios liberales, claro está, pero también conservadores: son los que han hecho posible que los norteamericanos hayan podido compatibilizar democracia y libertad sin caer en la tentación totalitaria.

Para volver una última vez a Tocqueville, Revel sigue preguntándose, como su predecesor, por qué lo que en Estados Unidos se consiguió de una vez, en Europa ha costado tanta sangre y tanto sufrimiento. Lo malo es que, a diferencia de Tocqueville, que intuyó los resultados del cataclismo aunque no previó –a diferencia de otros pensadores más conservadores que él, como Donoso– la forma en que iba a arrollar y casi destruir la civilización occidental, Revel y sus contemporáneos ya conocemos los mecanismos y las consecuencias de lo que iba a ocurrir. Y aun así, son muchos, por no decir mayoría, los que persisten en los mismos errores, en las mismas mentiras y en la misma ceguera ideológica. La rendición, la complaciente voluntad de humillarse y plegar la cabeza que Revel analizó en *Comment les démocraties finissent* (1983), vuelven a ser un tema central en *La obsesión antiamericana*. El totalitarismo comunista ha sido sustituido por el totalitarismo islamista y la estrategia terrorista<sup>21</sup>. La actitud de los resignados y los conformistas sigue siendo la misma. Y el antiamericanismo, la misma bandera de siempre.

---

<sup>21</sup> En *Le terrorisme contre la démocratie* (1987), un libro que sería interesante traducir en la actual coyuntura española.